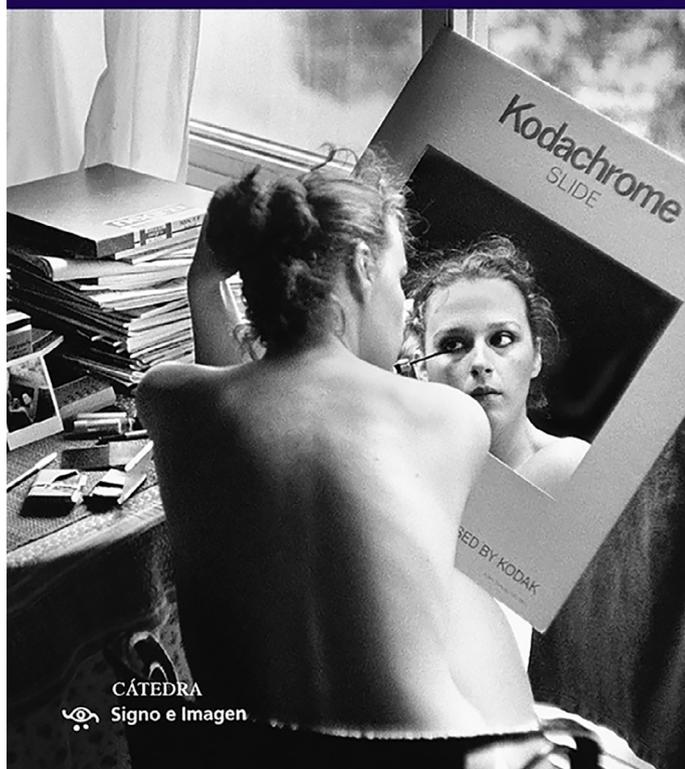


MANUEL GUTIÉRREZ ARAGÓN

## En busca de la escritura fílmica

Edición y selección de José Luis Sánchez Noriega



**Manuel Gutiérrez Aragón. *En busca de la escritura fílmica* (edición y selección de José Luis Sánchez Noriega). Madrid: Cátedra, 2024, 233 págs.**

Relata Steven Spielberg en su película de 2022 *Los Fabelman* (*The Fabelmans*) sus años de niñez e infancia, caracterizados por su descubrimiento del cine. Al final del film se recrea un episodio real, la visita del incipiente cineasta al despacho de uno de sus ídolos, John Ford, en busca de consejo profesional. Ford (encarnado por David Lynch) le pregunta a Sammy (trasunto ficcional de Spielberg) sus conocimientos sobre arte. Incapaz de articular respuesta,

el veterano realizador le conmina a contemplar dos fotogramas enmarcados que luce en las paredes del despacho para que indique dónde está situado el horizonte en cada uno de ellos. “Recuerda esto”, concluye Ford. “Cuando el horizonte está abajo, resulta interesante. Cuando está arriba, también. Pero si está en el centro, es terriblemente aburrido”. Tras el consejo, le desea buena suerte y el joven abandona la oficina. “Durante mucho tiempo, viví aquel encuentro como un momento humillante, ya que me expulsó en seguida de allí”, explicaría Spielberg en una entrevista con Stephen Colbert. “No me di cuenta de lo que me decía en realidad, que consistía en que mirara mucho arte, que fuera a museos, que me fijara en la composición, el color, el horizonte. En cuestión de unos dos minutos y medio, me dio uno de los mejores consejos que jamás he recibido”.

Esta recomendación del maestro del cine estadounidense bien podría rimar con el poso que deja la lectura de *En busca de la escritura fílmica*, compilación de una treintena de textos escritos por Manuel Gutiérrez Aragón a lo largo de su trayectoria. “El cine es una cosa que se puede aprender, pero que no se puede enseñar”, advierte en el primero de ellos. Así, el cineasta narra su enfermedad infantil que le convirtió en un ávido lector, su interés por la narración, su formación en la Facultad de Letras (especialidad en Filosofía) por las mañanas y en la Escuela de Cine por las tardes, su militancia comunista durante el franquismo y su curiosidad, en definitiva, por todos los aspectos de una profesión que le ha ocupado durante décadas, desde los primeros cortometrajes de los años sesenta hasta su último largometraje hasta la fecha, *Todos estamos invitados*, estrenado en 2008.

El volumen está editado por José Luis Sánchez Noriega, quien traza con precisión en el texto introductorio los ejes comunes de unos escritos de temáticas y procedencias heterogéneas: “los tres puntos que definen el plano de Gutiérrez Aragón y le dan estabilidad –como las tres patas que impiden que una banqueta cojee–, tres vértices en diálogo que han configurado su personalidad desde la infancia y a lo largo de toda una vida: la biografía y memoria familiar e histórica en que crece, las imaginaciones y fabulaciones que luchan por trascender lo real y el asombro y

aprendizaje constantes que lo proyectan como creador” (pp. 10-11). Ese asombro y aprendizaje se manifiestan en la variedad de intereses, que comprenden las artes pictóricas, la arquitectura, el montaje, la música y el estudio de la luz. Y cómo no, la preocupación principal, la escritura en el cine que titula el libro, es decir, la relación entre cine, escritura y representación. “Toda película contiene una parte testimonial lo quiera o no”, reflexiona en “Jardín de deseos”, uno de los textos más reveladores. “Toda película es un documental sobre ella misma, un mapa, un documento del relato cuya realidad representa. Siguiendo este camino estrecho, pero prometedor, el aprendiz de cineasta comprendió que la realidad necesitaba contarse para ser luminosa” (pág. 70).

A continuación de los tres escritos principales, para los que Sánchez Noriega recomienda especial atención (junto con “Jardín de deseos”, “El cine como el tiempo” y “En busca de la escritura fílmica”), el libro incide en esos amplios intereses del cineasta, con lecturas de Cervantes, Camus, Kafka, Cantinflas, Buñuel, Munch y Lissitzky, y perfiles de la profesión cinematográfica, en su mayoría de la española (Berlanga, Bardem, Josefina Molina o Teo Escamilla, entre otros), pero sin renunciar a ampliar la mirada, como la breve y preciosa remembranza de Chabrol o el caso fronterizo de Néstor Almendros, con quien se siente vinculado por cuestiones biográficas: el exilio de aquel con la familia

hispanocubana de Gutiérrez Aragón. Sin embargo, todos encuentran su espacio compartido en el cine, porque, al hablar de Almendros, “al final, estaba la luz, patria común de los pintores y operadores de cine” (pág. 215).

Como apunta Sánchez Noriega, Manuel Gutiérrez Aragón queda emparentado con Jean Renoir en esa estirpe de escritores reconvertidos en cineastas, situado en la tradición de esos creadores (añade aquí a Bergman, Fernán-Gómez, Robbe-Grillet, Arrabal y Auster) plenamente conscientes de la importancia de la palabra y la imagen, de la necesaria condición de la escritura cinematográfica como forma de interpretar y estar en el mundo. Dice Sánchez Noriega que Gutiérrez Aragón no se ha prodigado demasiado en la explicación de su obra. Aquí volveríamos a John Ford, quien tampoco era muy dado a análisis de sus películas, como comprobó en su momento Peter Bogdanovich. Es la obra la que habla por sí misma, y las breves intervenciones de Ford o estos textos escogidos de Gutiérrez Aragón resultan fundamentales para confirmar que sólo ha de romperse el silencio cuando las reflexiones amplían el horizonte expresivo de la creación, como demuestra este libro único sobre uno de los realizadores fundamentales del cine español.

**Manuel de la Fuente**  
*Universitat de València*